

Poética de Yves Bonnefoy

PATRICIA MARTÍNEZ GARCÍA. U.A.M.

En la obra de Bonnefoy, la práctica poética parece desdoblarse en dos vivencias indisociables y en muchos casos enfrentadas: la del poeta, en la vibrante y sostenida interpelación poética, en la perseverante búsqueda del sentido que intenta retomar la definición del ser como presencia y no como permanencia; y la del teórico que se cuestiona sobre las condiciones verbales necesarias para la aprehensión y revelación poética de dicha presencia.

En sus libros de poesía, desde *Douve* (1953) hasta *Ce qui fut sans lumière* (1987), el poeta ahonda en el misterio del ser y se cuestiona sobre los modos de enunciar una presencia redimida de toda formulación idealista o conceptual.¹

En sus ensayos en prosa, desde *L'Improbable* (1959) hasta *La Vérité de Parole* (1988), el crítico indaga en las diferentes formas de la expresión artística y reflexiona sobre las condiciones de una Poética del objeto de arte como presencia sensible y reveladora del Ser.²

¹ *Du mouvement et de l'immobilité de Douve* (1953); *Hier règnant désert* (1965); *Dans le leurre du Seuil* (1975), *Ce qui fut sans lumière* (1987). A partir de ahora utilizaremos las abreviaturas siguientes: D.; H.R.D.; P.E.; D.L.S. Todas ellas, excepto la última han sido reunidas en una edición común bajo el título de *Poèmes* en Mercure de France, 1978 y más tarde en la colección "Poésie" de Gallimard, 1982. Es esta última edición la que utilizamos para todas las referencias.

² Para referirnos a los distintos ensayos, utilizamos las siguientes abreviaturas: I.: *L'Improbable*, Paris, Mercure de France, 1977; E.: *Entretiens sur la poésie*, Neuchâtel, La Baconnière, 1981; A.P.: *L'Arrière Pays*, Skira, 1972; V.P.: *La Vérité de parole*, Paris, Mercure de France, 1989.

Esta interacción entre práctica poética y reflexión metapoética, se traduce, en muchos casos en agresión, ofensiva verbal e intelectual contra determinados valores poéticos de cuya renovación parece depender el éxito de la búsqueda. Ofensiva contra el lenguaje que es también una ofensiva contra el poeta mismo: "Contre qui luttions-nous jamais sinon contre notre double", escribe Bonnefoy en su ensayo sobre la Chanson de Roland (N.R. p,117). Y Bonnefoy reconoce a su doble en la tentación de esa palabra desvirtuada, transformada en espacio conceptualizado, formalista, decorativo o estético, incapaz de dar cuenta de lo inmediato, de asistir al fenómeno de ver brotar mundo sin que en su encarnación de la realidad vivida interfieran las mediaciones conceptuales o la tentación esteticista.

Así, para llevar a buen término su proyecto ontológico, la aprehensión verbal del ser como presencia, el poeta presiente la necesidad de deshonorar al lenguaje en el que no estén presentes las marcas más desasosegantes de la imperfección, y de reinventar unos nuevos actos poéticos capaces de arrancarnos del orden bien articulado del pensamiento conceptual, de la plenitud formal e intelectual, y de abrirse a esa errancia ilimitada que es la existencia humana "l'obscur possible terrestre".

En la presente exposición intentaré poner de manifiesto los distintos pasos, las sucesivas estrategias figurativas de la palabra en su trayecto epistemológico hacia el mundo. Trayecto siempre incierto y provisional, que es cuestionamiento, tanteo, aproximación, antes que afirmación rotunda, pues el poema no es repuesta, ni objeto, ni objetivo, el poema es mediación, acercamiento, búsqueda y fracaso.

Toda itinerancia poética en Bonnefoy arranca del espacio de la carencia, del reconocimiento de la ausencia como primera certidumbre de orden ontológico. Lo absoluto, el mundo en su ser absoluto, es aquello de lo que se carece, y al mismo tiempo, esa carencia, ese no-ser la plenitud del ser, es lo que impulsa al poeta a interpelar, a interrogar, a buscar con las palabras el sentido siempre misterioso de la existencia.

La búsqueda poética de Bonnefoy, se inicia desde la nostálgica aspiración a ese lejano horizonte luminoso de la "Vraie Vie" siempre ausente, región remota y sagrada del virtual sentido plenario de la existencia que el poeta evoca en los últimos poemas de Douve, su primer libro:

Ainsi marcherons-nous sur les ruines d'un
ciel immense,
Le site au loin s'accomplira

Comme un destin dans la vive lumière.
Le pays le plus beau longtemps cherché.
S'étendra devant nous terre des salamandres. (D., 93)

Pero, ¿cómo acceder a ese espacio todavía ausente de la improbable revelación del mundo en su sentido absoluto?. ¿Cómo llegar hasta el "Vrai Lieu", metáfora cósmica del horizonte siempre diferido de la presencia?

Antes de emprender el camino hacia la estancia luminosa y diáfana del sentido, será necesario aceptar y ahondar en la oscuridad, asumir intensamente el vacío significativo de lo real:

Demande pour tes yeux que les rompe la nuit,
Rien ne commencera qu'au-delà de ce voile. (D., 88)

El primer imperativo de la moral poética de Bonnefoy se concentra pues en destituir las formas más luminosas de la ensoñación poética y sustituirlas por el reconocimiento de la finitud, de lo inmediato, de lo improbable, pues la verdadera presencia sólo puede fundamentarse sobre el previo reconocimiento de la ausencia, de la finitud, de la muerte:

Il te faudra franchir la mort pour que tu vives,
La plus pure présence est un sang répandu. (D., 74)

Decir que lo que es requiere de la muerte para afirmar su realidad, supone renovar y continuar una corriente de pensamiento que desde Heidegger formula el ser como presencia y no como permanencia y afirma la exigencia ontológica de decir el ser a partir del no-ser. Frente a la tradición filosófica que postula el sentido pleno de la existencia y la posibilidad de un conocimiento absoluto del mundo, Bonnefoy se situaría del lado de aquellas ontologías de nuestro siglo que cuestionan la posibilidad de explicar la existencia como plenitud significativa, y afirman que lo único que es absolutamente cierto es la finitud, como probabilidad extrema de toda existencia.

Esta intuición central del ser que se revela como presencia en el reconocimiento de su abocamiento a la ausencia, constituye una clave imprescindible para adentrarse en la lectura de *Douve*, texto ciertamente hermético, en el que Bonnefoy lleva a cabo una violenta ofensiva contra los valores de

identidad y de permanencia, a los que el poeta opondrá las nociones de diferencia e impermanencia como demarcadores existenciales de la presencia.

La agresión y destitución de la noción de presencia como permanencia e identidad se realiza poéticamente en la destrucción de Douve, ambiguo y cambiante sujeto poemático, cuya re-presentación poética es constantemente diferente -y por lo tanto no-idéntica- a sí misma, y, al mismo tiempo, indisoluble de su abocamiento a la finitud.

Así, la agonía incesante renovada de Douve revela la necesaria aceptación de la ausencia, es decir de la imperfección y de la finitud como condición primordial para la revelación de la presencia. Sólo una vez asumida su vocación sacrificial podrá ésta aprehender su verdadera esencia y revelarse como "Présence ressaisie dans la torche du froid/ Présence exacte qu'aucune flamme ne saurait restreindre". Y sólo entonces podrá realizarse el acto de la nominación poética, que es también un acto de conocimiento, un acto de posesión: "Douve, je parle en toi et je t'enserre dans l'acte de connaître et de nommer".

Al mismo tiempo, el vector de la destrucción se presta igualmente a una lectura metapoética en la que Douve podría ser considerada como alegoría de la propia poesía. Así, del mismo modo que ésta accede a su verdadero ser a través de la experiencia de la finitud, la palabra poética, para hacerse presencia, deberá erigirse sobre su propia destrucción. Destrucción fundacional y regeneradora, Tabla rasa nocional y formal, de la que la palabra - como Douve o el ave Fenix- resurge depurada de toda resonancia conceptual, arraigada al tiempo y a la finitud preparada para encarnar el sentido precario e improbable de lo que es: para hacerse presencia.

Hier regnant désert constituye el segundo momento de la "quête". Tras las llamas del incendio regenerador, el poeta se recrea en el paisaje calcinado, para recordar el sacrificio y seguir indagando en la imposibilidad de toda plenitud significativa.

Apaisé maintenant, te souviens tu
D'un temps où nous luttions à grandes armes,
Que restait-il
Dans nos coeurs qu'un désir de nous perdre,
infini? (H.R.D., 169)

Se inicia entonces la fase más intimista de la búsqueda. La tendencia mística, que ya se perfilaba en el libro anterior, se intensifica ahora y se traduce en la voluntad del poeta de "s'appliquer à se détacher de toute illusion et à être prêt à tout accepter, tout et d'abord et surtout la mort" (*Hamlet*, p. 14); en el deseo de ahondar en la oscuridad, de adentrarse "vers l'autre rive encore plus nocturne" (H.R.D., p. 133), de dejarse llevar por "cette fièvre d'inexister".

El pensamiento de la ausencia y del vacío constituye el tema modular que vertebra y conduce las imágenes del despojamiento, de la estancia desocupada, del espacio desierto, figuraciones emblemáticas del vacío espiritual en su voluntad de acoger la opacidad nocturna.

Le feu veille désert au jardin de mémoire.
Et toi, ombre dans l'ombre, qui est-tu, où
est-tu? (H.R.D. 118)

La poesía deviene entonces espera y vigilia, despojamiento y depuración del yo histórico, recogimiento e indagación en las formas de la ausencia y del silencio:

Hier règnant désert j'étais feuille sauvage
et libre de mourir. (H.R.D. 166)

Indagación que ocasiona un hallazgo estético de gran rentabilidad figurativa: la belleza de la ruina, encarnación de la decadencia de la materia sensible que deja presentir esa carencia trágica y secreta, esa premonición de la muerte futura "le tragique manque secret" por el que Bonnefoy siente tanta predilección. Pues pensar la ruina es casi pensar la ausencia a la que éste se verá abocada, pero es sobre todo pensar lo que es como realidad sometida al tiempo, producto inacabado y en trance de temporalidad.

La ascesis verbal le impone entonces la necesidad de dismantelar toda plenitud significativa, toda perfección formal, "Ruiner la face nue qui monte dans le marbre,/Marteler toute forme toute beauté" (p. 139), para afirmar que "L'imperfection est la cime", ahondando así en el proceso de auto-crítica deconstructiva instaurado en *Douve*.

Pero la ascesis poética puede desembocar en el vacío absoluto, temor significado por la figura acechante de "L'étranger" que nos induce a pensar

que no hay sino vacío y ausencia. Y la vía abierta por la Poética de la destrucción podría desembocar en un "impasse": "Vois, déja tus chemins que tu suivais se ferment,/ Il ne t'est plus donné même ce répit/D'aller même perdu." (p. 118) Los textos de Bonnefoy sobre Jouve y San Juan de la Cruz ponen de manifiesto su cautela ante el peligro de toda indagación mística de perderse en una experiencia "trop abyssale" (N.R. p. 265).

No hay revolución literaria que pueda persistir indefinidamente, escribía Barthes por esas mismas fechas, y tras el período de ascesis, el poeta comienza a desbrozar nuevos caminos en los que encauzar su itinerancia.

A partir de *Pierre Écrite*, se puede apreciar un cambio en la noción de presencia que abre una nueva vía al impulso poético de la búsqueda. Me refiero al reconocimiento del fenómeno de la alteridad como característica primitiva de nuestra inserción en el mundo, como elemento fundacional y revelador de la presencia. Pues la conciencia de uno mismo se da al oponerse a otras conciencias y decir "Yo" es reconocer la singularidad de los otros: "Dire Je -escribe Bonnefoy- demeure pour les poètes la réalité comme telle et une tâche précise; celle qui recentre les mots, franchies les bornes du rêve, à la relation à autrui qui est l'origine de l'être". (I. p. 249) La poesía, atraída por los signos furtivos del virtual desvelamiento del otro, se escora entonces, hacia el conocimiento del mundo exterior y de las demás conciencias. La intrusión del otro como presencia, no se manifiesta como experiencia negativa de dolorosa separación o de reafirmación en la soledad, sino como voluntad de encuentro, de comunicación, de absoluta "coexistencia". Tarea siempre problemática, incierta, aproximativa, que representa también el paso de la conciencia estética a la conciencia ética.

Desde los primeros poemas de *Pierre Écrite*, se perfila una nueva estrategia poética que coexistirá de ahora en adelante con la pulsión destructora: el impulso de la apertura, vector progresivamente poderoso, invade todo el entorno cósmico. Así, las formas nocturnas del vacío -figuración poética del vacío espiritual- se preparan para acoger un posible aunque incierto amanecer:

Je suis cet autel vide, et ce gouffre, et ces arches
Et toi même peut-être, et le doute: mais l'aube
Et le rayonnement de pierres descellées. (248)

Apertura de la noche que anuncia el fin de la intensa espera, aparente deselladura de la opacidad material hacia la luz todavía indecisa. Y apertura

también del paisaje, ensanchamiento cósmico del horizonte que parece prepararse para acoger en su seno la incierta experiencia de la alteridad:

Il me semble ce soir,
Que le ciel étoilé, s'élargissant
Se rapproche de nous; et que la nuit,
Derrière tant de feux, est moins obscure.(185)

El universo poemático abierto a la alteridad, será invadido y subjetivizado por la presencia del otro para constituirse en espacio carnal de la experiencia altruista. Todos los fenómenos del mundo sensible -árboles, astros, ríos, nubes y piedras- constituirán el espacio virtual de la aparición del otro como presencia, y el poema se transforma en instancia proyectiva, allotropismo hacia el "tu" de la allocución lírica:

Tu es une eau, la plus obscure,
La plus fraîche où goûter l'impartagable amour. (201)

Parfois je te savais la terre, je buvais
Sur tes lèvres l'angoisse des fontaines. (225)

De este modo, la progresiva apertura del paisaje hacia el tú desboca en las imágenes del encuentro, de la acogida, de la integración: convergencia de lo múltiple en lo uno, de lo dispar en lo indiviso, de lo eterno en lo atemporal.

Retrouvons-nous, prenons à poignées notre pure présence.
Acceuillemoi, intensément mais discrètement
Fais que je n'aie pas de visage, pas de nom. (277)

La poesía posibilita entonces la experiencia del mundo aprendido como totalidad, como fusión integradora de contrarios: "Le contact avec l'un, ce que j'appelle présence", "L'un immanent à tout ce qui est", "Tout ce haut pays que l'Un très proche brûle". El grave reconocimiento de la finitud cede paso a la celebración jubilosa del aquí efímero, aceptación intensa y trágica del lugar mortal que, en la mística materialista y pagana de Bonnefoy, recibe el nombre de "incarnation".

Y al mismo tiempo, esta pulsión de apertura no se agota en su propia manifestación, sino que se constituye en alegoría metapoética de la palabra en su requerimiento de abrirse a la contingencia, de transformarse en "Ouverture tentée dans l'épaisseur du monde" en la que pueda injertarse la substancia informe de lo real, la súbita intrusión del tiempo (presencia) en lo atemporal (palabra).

Y tras el ensanchamiento de la frase-tierra en su intento de abarcar, englobar, acoger la unidad presentida, una última cadencia figurativa completa el ciclo de la apertura: son las imágenes del recogimiento, del repliegue, de la curvatura, en las que "Toute l'âme se voûte autour d'un dire simple" (242). Dinamismo siempre descendente, escorado hacia lo terrenal, a contrario de toda ensoñación de elevación hacia alguna trascendencia suprasensible, en su afán de celebrar la immanencia de lo simple.

La palabra poética que antes se desplegaba en su instancia proyectiva hacia el mundo, invierte ahora el movimiento, se repliega sobre sí misma, "Aile de l'impossible replotée", para transformarse en receptáculo, cauce, depósito en el que cosechar el germen fecundador de la presencia:

Je te recueille dans mes mains rapprochées
Pour une coupe. (272)

Dans la main de dehors fermée
A commencé à germer
Le blé des choses du monde. (270)

La referencia erótica se intensifica a partir de los poemas de *Sur le seuil de la Terre*, para significar el encuentro, la comunión vibrante y jubilosa con la materialidad fundamental del mundo, la fusión del cuerpo y de la conciencia con lo inmediato: "Tu accueilles la terre qui excède le désir". El espacio poemático abstracto e indefinido de los primeros textos cederá paso al resurgimiento vegetal, la tierra estéril y deshabitada se habrá transformado en paisaje regenerado, fecundado por la palabra hecha presencia: " Une terre saisie fertilisée". (241)

La morfología de los espacios imaginarios, en sus sucesivas figuraciones dinámicas, describen las diferentes estrategias de la palabra poética en su búsqueda ontológica. Las claves de la Poética de Yves Bonnefoy estarán

por tanto contenidas en los espacios figurativos del texto que se configura, así, como metapoema o realización alegórica del acto poético.

De este modo, la concepción de la escritura como necesaria destrucción fundacional o regeneradora, la exigencia de romper la clausura significativa y formal del poema, cede paso, progresivamente, a una práctica poética concebida como acercamiento, mediación, integración y encarnación, siempre problemática y aproximativa, de la presencia.

La estrategia poética de la búsqueda habrá evolucionado pues desde la ruptura inicial a la apertura, deselladura, despliegue, ensanchamiento, acogida, y repliegue final, para conformar la ensoñación poética del "Vrai Lieu", espacio clausurado y abierto a la vez, estancia desocupada, rememoración de un signo hecho lugar, de la palabra hueca, deshabitada, temporalizada, abierta al mundo, en la paciente espera de la repleción semántica.

Pero la pulsión de la apertura no sólo se manifiesta en la conformación temática de los espacios figurativos. También se traduce en el plano de lo formal ocasionando lo que en otro momento definí como la Poética de la Imperfección que atañe a los niveles prosódico y fonofonológico, sintáctico y semántico del texto. El tiempo me impide desarrollar estos aspectos en un análisis detallado, pero sí me gustaría esbozar muy brevemente los diferentes vectores formales de la apertura:

- En el plano prosódico y fonofológico merecen especial atención la deconstrucción del alejandrino clásico en el ámbito del verso, y del soneto en el ámbito de la estrofa, así como el efecto silenciador de la E muda francesa en posición átona. El efecto de estos tres elementos es el silencio prosódico y la derogación de toda plenitud formal y estética.

- En el plano sintáctico, la Poética de la Imperfección se manifiesta en la fragmentación de la continuidad sintagmática del enunciado, ocasionada por los recursos sintácticos de la aposición, el apóstrofe, la elipsis a los que habría que añadir el uso de determinadas marcas gráficas, instauradoras de discontinuidad. Al mismo tiempo, el aislamiento del substantivo con respecto a su contexto frástico y discursivo, y la enfatización de la función nominal promovida por el juego de los determinantes, acusan el temperamento nominal de la Poética de Bonnefoy.

- En el plano semántico, queda patente la voluntad del poeta de abrir la clausura significativa del lenguaje, de invalidar las mediaciones discursivas

lógicas y analógicas que garantizan la cohesión final del texto como totalidad significativa.

La revocación de las leyes de cohesión y de coherencia lógico-discursiva se lleva a cabo a través del dismantelamiento del entrecruce predicativo, que impide a menudo la comprensión y la representación conceptual del poema.

En lo que respecta a la discursividad analógica, el trabajo deconstructivo consiste en la invalidación, mutilación o disgregación de la deriva simbólica del texto que impide la culminación de toda posible síntesis interpretativa.

La moral Poética de Bonnefoy acusa el esfuerzo del poeta por aislar, delimitar, acotar, el espacio de la nominación, interrumpiendo a través de las estrategias de la apertura y de la fragmentación del verso, de la frase y del discurso, todo encadenamiento conceptual y de restituir a las palabras su función originaria de signo, index, que señala las cosas. La poesía no tendría por objeto representar o significar el mundo, sino "intensificar" la experiencia de lo real. Desestructurar el sistema cerrado del Lenguaje - "Langue"- para transformarlo en palabra - "Parole"- y hacer de cada palabra un nombre. Un nombre propio, restituyendo así, "cette ontologie élémentaire de l'homme archaïque", de "l'être-là d'avant la parole", "notre implication pure et simple dans l'expérience du Lieu".

Y quisiera terminar evocando las palabras de Bonnefoy que ilustran mejor que cualquier definición de orden teórico los designios de la Poética de la imperfección: "Il y a une possible vertu du manque, c'est de connaître qu'il est un manque et d'accéder ainsi à un savoir passionnel. Et si le langage est incapable de l'idée tout autant que de la présence, il nous reste à le savoir, et à tourner contre la facile parole notre anxieuse lucidité" (I.-125). Ansiosa lucidez que se mide en el simple reconocimiento de la imperfección de toda poesía que es también aceptación de la terrestre imperfección.
